

UNA MIRADA SOBRE EL *QUIJOTE**

Por *ROGELIO REYES CANO*

Quiero agradecer a la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía su invitación para hablar sobre Cervantes con motivo del Día Internacional del Libro de este año. Gratitud que no expreso sólo a título personal sino también como Presidente de la Comisión creada en Sevilla para conmemorar el IV centenario de la publicación en 1605 de la Primera Parte del *Quijote*. Cada año la fecha del 23 de abril nos recuerda la muerte de Cervantes, y ese día se ha convertido en una referencia clásica dentro del mundo cultural hispánico. En esta ocasión ese recuerdo cervantino cobra mayor sentido al cumplirse los cuatrocientos años de su inmortal novela. Y se acrecienta, sin duda, en Andalucía, tierra en la que el escritor estuvo más de una década y vivió hondas experiencias personales que marcaron con fuerza su biografía y su creación literaria. Llegó a Sevilla en 1587 con el cargo de comisario o requisador de víveres para la Gran Armada que el rey Felipe II estaba preparando contra Inglaterra. Y más tarde, ya derrotada la *Invencible* y abandonado el gran proyecto bélico, siguió Don Miguel por tierras andaluzas como recaudador de impuestos. Sevilla era su base de operaciones pero su cometido poco tenía de sedentario. Recorrió una y otra vez los pueblos de las

* Palabras pronunciadas por el autor en las Reales Atarazanas de Sevilla el 23 de abril de 2005 con motivo del Día Internacional del Libro, en el acto organizado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

campiñas sevillana y cordobesa : Écija, Estepa, Marchena, Carmona, Espejo, Castro del Río, La Rambla, Montilla... siempre en liza con los propietarios rurales, que se resistían a entregar el trigo o el aceite demandados, cuando no en pugna con cabildos eclesiásticos, que lo excomulgaron en dos ocasiones. Y también anduvo por tierras de Jaén, y más tarde por lugares del antiguo reino de Granada (Baza, Guadix, Vélez...). Sufrió prisión en Castro del Rey y sobre todo en la Babilonia carcelaria de Sevilla, la famosa Cárcel Real de la calle de la Sierpe, en la que conoció de primera mano el mundo de los hampones y rufianes que tan fielmente retrataría luego en su novela *Rinconete y Cortadillo*.

Las conexiones de Cervantes con Andalucía no fueron, pues, meramente episódicas sino muy sustanciales para entender su visión del mundo y sus claves de escritor. No es éste el momento de recordar con detalle la presencia de lugares andaluces en sus obras, que fueron muchos y muy decisivos. Baste decir que las experiencias que Don Miguel vivió en tierras andaluzas se hicieron patentes sobre todo en su concepción de las *Novelas Ejemplares*, un tipo de novela urbana que no puede entenderse sin el trasfondo de una gran metrópolis como era la Sevilla del siglo XVI. E incluso el *Quijote*, una novela rural nacida en el cruce de los caminos, cuya historia transcurre fuera de Andalucía, tampoco puede entenderse sin el gran conocimiento del mundo agrario que Cervantes adquirió en sus largos años de correrías por los campos y pueblos de nuestra región, en contacto permanente con esa España profunda que tenía poco que ver con la de las grandes urbes.

Concebido en la Cárcel Real, o tal vez en la de Castro del Río, o en las mazmorras de Argel, o quizá en una cárcel puramente metafórica que estaba dentro y no fuera de Cervantes – que esto no es lo que más importa –, lo cierto es que el *Quijote* se nos sigue presentando a los lectores de hoy como una obra cargada de enigmas. Sus enigmas son, en mi opinión, los mismos que en buena medida envuelven la vida de su autor. Dice el hispanista francés Jean Canavaggio, autor de una de las mejores biografías de Cervantes, que frente a tantos estereotipos como se han fraguado sobre su personalidad a lo largo de los tiempos (el Cervantes heroico, el erasmista, el converso, y hasta el homosexual...),” el autor del *Quijote* estará siempre más allá de cualquier esquema reductor y no hay narración que pueda restituir su expansión vital”. En efecto, la per-

sonalidad real de Cervantes, tan ayuna de documentos, siempre tan huidiza, sugiere mucho y concreta poco, se nos escapa a cada paso de entre las manos envuelta en un aire de misterio que no sabemos muy bien si se debe a la pobreza de su perfil público - el de un escritor fracasado y un hombre sin relieve dentro de la rígida y jerarquizada estructura social de su tiempo- , o si es producto de la luz de alguien que descreo de sus mismas certezas , y más que autodefinirse, deja entrever sutilmente, oculto tras el muro defensivo de la ironía, sus propias interrogantes e incertidumbres.

En relación con tan crucial asunto, Francisco Márquez Villanueva, otro notable cervantista, ha afirmado con agudeza que Cervantes no desveló casi nunca el fondo de las cosas - empezando por su propio yo- porque él “ no escribe para darnos respuestas sino para que nos hagamos preguntas”. En ese juicio reside, desde mi punto de vista, una de las claves de la modernidad del gran autor, que consiste justamente en la superación de todo dogmatismo - también el de los dogmas literarios vigentes hasta entonces- y en la constatación de la ambigüedad inherente a eso que pomposamente llamamos “realidad”. Al formular por vía literaria tales principios, Cervantes dejaba atrás un mundo sin fisuras sustentado en certezas y daba fe de las inseguridades del hombre moderno, ante el que se abría el precipicio de la duda, fuente de racionalidad y de progreso pero también de angustias sin cuento. Quien lea con atención el *Quijote* podrá apreciar el encanto de esa calculada anfibología, que es la pieza maestra del genio literario cervantino. Una técnica que, más que resolver, sugiere ; más que afirmar, interpela ; y más que asegurar , siembra la duda entre los lectores más perspicaces, a quienes Cervantes traslada sus propias perplejidades de escritor y de hombre. Cuando uno llega a esta conclusión es cuando más se acerca - creo yo- a la esencia del libro y a la clave más honda de la personalidad de Cervantes. A partir de ese momento la relación con él se torna amigable y confidencial, como si uno hablara con una persona que participa de nuestros mismos interrogantes frente al mundo. La lectura de la obra se convierte entonces en una sucesión de guiños entre dos compañeros de gozes y de infortunios - el autor y el lector- que recorren juntos la misma senda. Lo que importa es el camino - dijo el propio Cervantes- , y nada más consolador que recorrer con él los avatares de sus personajes en ese verdadero libro de viajes que es el *Quijote*.

El *Quijote* es un texto cuya comprensión exige, como la de todas las grandes obras clásicas, una secuencia de lecturas superpuestas en el curso de nuestra vida. Cuando uno lo descubre por primera vez en edad temprana puede quedar deslumbrado por su capacidad fabuladora y la gracia de su lenguaje. Pero hay que volver a leerlo en la edad madura para gozarlo como un ejercicio intelectual y moral que no admite parangón con ningún otro texto del Siglo de Oro español. Bien está – y es deseable – que los niños se familiaricen pronto con las aventuras de sus héroes y sus episodios de risa ; y los adolescentes con sus atractivas utopías. Pero quede para quienes ya hemos pasado algunos umbrales del tiempo el privilegio sin par de gozar del libro en plenitud. No olvidemos que Cervantes lo escribió casi al borde de la ancianidad, cuando iba camino de los sesenta años, para entonces una edad ya declinante. Por eso volcó en él una experiencia de vida que sólo puede recibirse cabalmente, como dirían los escritores barrocos, desde la atalaya de la madurez.

Como todos los grandes textos clásicos, el *Quijote* puede ser recibido en cada momento histórico a la luz del código de valores vigente. Eso explica que habiendo cambiado las mentalidades, no cambie necesariamente la estimación, aunque, eso sí, los motivos puedan ser muy diferentes. En eso radica la eternidad de los clásicos : en una sostenida virtualidad que hace posible el diálogo con las sucesivas generaciones. Así los contemporáneos de Cervantes debieron leerlo sobre todo como un libro de risa muy próximo a lo que entonces se llamaba la “literatura de ingenio”. Quienes eran capaces de leerlo directamente – que debían ser muy pocos, dados los altos niveles de analfabetismo de la época— y sobre todo quienes participaban de una lectura oral, en voz alta y en corro – que sin duda serían los más – lo pasarían muy bien con las extravagancias y los fiascos de Don Alonso Quijano el Bueno, convertido grotescamente en caballero andante, y con las ocurrencias salidas de Sancho. Pero tal vez no ahondaran mucho más en otras claves del libro.

En el siglo XVIII los ilustrados vieron en él una obra moralizante que afilaba sus dardos contra el estado de cosas de la vieja sociedad de los Austrias, que para ellos representaba – sobre todo ya en el siglo XVII- el más feroz oscurantismo ideológico. Cadalso, uno de los escritores más críticos de la España ilustrada, se sentía en

cierta medida continuador del criticismo cervantino, y así lo dice en el prólogo de sus *Cartas Marruecas* :

“Desde que Miguel de Cervantes compuso su inmortal novela en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado por otras , se han multiplicado las críticas de las naciones más cultas de Europa en las plumas de autores más o menos imparciales; pero las que han tenido más aceptación entre los hombres de mundo y de letras son las que llevan el nombre de Cartas, que se suponen escritas en este o en aquel país por viajeros naturales de reinos no sólo distantes, sino opuestos en religión, clima y gobierno”.

En el siglo XIX los románticos quedaron fascinados por la inventiva y los juegos de imaginación de Cervantes, a quien José Blanco White , adelantándose a la crítica moderna, valoraba como un escritor de más entidad que Lope de Vega, hasta entonces considerado el más grande de los ingenios españoles. “Hay una dignidad en la locura de Don Quijote – afirma- que sólo una mente vulgar, ya sea la de una Maritornes, ya sea la de una duquesa, puede dejar de advertir y respetar”. Más tarde, ya entre los escritores de la Generación del 98 y la de 1914, la interpretación del *Quijote* alcanzará dimensiones hasta entonces desconocidas. Los ensayos de Unamuno, de Azorín, de Ortega, de Madariaga... y los audaces estudios de Américo Castro presentaron la figura de Cervantes en clave intelectual y moral, no como el “ingenio lego” del que hasta entonces se venía hablando , sino como un auténtico “ingenio docto” reflexivo e innovador, disidente y crítico con el sistema de valores vigente en la España que le tocó vivir. Por las mismas razones, el *Quijote* comenzaría a ser leído como lo vemos hoy; es decir, como la creación de un genio que se anticipó a su tiempo con el hallazgo de una fórmula literaria que desde el humor y la ironía encara lúcidamente el problema del relativismo humano y la ambigüedad de lo real. Una ironía comprensiva y solidaria tras la que se esconde una deslumbrante inteligencia “vital”.

Pero no nos engañemos. Cervantes no fue un humanista de los libros, un hombre de alta cultura intelectual y libresca como en su tiempo pudieron serlo Francisco de Quevedo o Baltasar Gracián. Él fue sobre todo un humanista de la vida, capaz de convertir los saberes librescos en experiencias existenciales, llevando hasta sus últimas consecuencias la reflexión renacentista sobre el hombre.

De ahí la universalidad de su mensaje y la radical ambivalencia que hay en sus criaturas literarias, que son a la vez ángeles y demonios. O por decirlo en los términos cultos de la época, poseedores de la *dignitas* y de la *indignitas* a partes iguales, como somos todos los seres humanos. El *Quijote* no es, en esencia, más que la proyección literaria de esa íntima convicción de Cervantes : un complejo entramado que revela tanto el desconcierto del mundo como el propio desconcierto del autor, quien, a falta de certezas, refleja el espectáculo de la vida con amorosa cercanía y con irónica desenvoltura, dos mecanismos de estilo en sí mismos contradictorios pero que Cervantes integra con milagrosa precisión.

Es inútil, sin embargo, querer abarcar la extraordinaria complejidad del libro en una sola interpretación unívoca. Todas las lecturas que se han hecho (la de los contemporáneos, la de los ilustrados, la de los románticos, las de nuestro tiempo...) pueden ser válidas, pero ninguna agota la riqueza de sus mensajes. ¿Pero dónde está la clave de su permanente actualidad, del hecho de que, aun viendo en él cosas distintas, las sucesivas generaciones lo sigan estimando como una obra maestra? Yo tengo mi propia interpretación, que no sé si coincidirá con la de ustedes, pero que en todo caso no quiero dejar de exponerles.

Para mí la verdadera razón de la extraordinaria frescura del *Quijote* no radica ni en la genialidad de su construcción – que se anticipa a la novela moderna- ni en el milagro de su lengua, que eleva a la categoría de arte la forma llana de hablar de la gente. Todo eso sería más que suficiente para colocar a Cervantes en la cumbre de la narrativa universal. Pero hay, en mi opinión, motivos de más calado. Yo creo que nuestra espontánea identificación con el libro reside sobre todo en la cercanía con que uno siente el aliento moral y psicológico de sus personajes, seres no precisamente desvitalizados como podían ser los héroes literarios de Quevedo y más tarde los de Valle Inclán, desprovistos de sustancia humana y reducidos a la condición de meros peles sin vida propia. Pensemos en el buscón Pablos, de quien nada sabemos de su mundo interior ni de sus sentimientos más íntimos. O en los protagonistas de los esperpentos de Valle, simples figurantes carentes de alma manejados al capricho de su autor, que no siente por ellos ningún respeto.

Los héroes cervantinos (y no sólo los del *Quijote*) poseen, por el contrario, una contextura inequívocamente humana, están hechos del mismo barro que sus lectores. Se ilusionan o se deprimen, aciertan o yerran como nosotros. A pesar de su utopismo formal – como es el caso de Alonso Quijano convertido en Don Quijote- , distan mucho de ser simples categorías abstractas. Su sensación de veracidad depende justamente de lo que en ellos hay de universal humano, pero, eso sí, cristalizado siempre en individuos únicos e irrepetibles : Alonso Quijano, Sancho, el cura, el bachiller, el barbero, el ama... y tantos otros. En un primer momento parecen prototipos pero si rascamos un poco nos encontraremos siempre con la vida que late bajo el disfraz. No son tipos sino seres diferenciados que se enfrentan a los mismos retos que nosotros. De ahí que, por encima del tiempo, sean capaces de conectar con quienes nos acercamos a ellos desde nuestra simple y llana condición de personas que nos vemos reflejadas y tantas veces consoladas por la mirada comprensiva y solidaria de Cervantes, de quien, remedando al clásico, podríamos decir que nada humano le fue ajeno. Una mirada amorosa, irónica también, pero nunca sarcástica. Desde su cristianismo crítico de aliento erasmista Cervantes proyectó sobre sus héroes una visión muy profunda de la verdadera caridad entendida por él como una forma de respeto a la diversidad del mundo. Sensible a los infortunios de los débiles, nos transmite un mensaje en el que se refleja la preocupación renacentista por el hombre, fruto de la conjunción del espíritu grecolatino con el sentido cristiano de la existencia, los dos pilares sobre los que se ha construido la Europa de nuestro tiempo. Una forma de espiritualidad ésta de Cervantes nada teórica sino comprometida con la vida de todos los días. Pensemos en su apasionada defensa de los galeotes o en su tierna solidaridad con los moriscos expulsados por Felipe III. La grandeza de sus personajes no reside en sus atributos externos ni en su lugar en la jerarquía social sino en su dignidad de seres de carne y hueso que al igual que nosotros andan su camino en el gran teatro del mundo como aquellas buenas gentes machadianas que

*viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.*

Al hacerlo así, Cervantes estaba creando una inmensa parábola de la condición humana ante la que ningún lector de ninguna época puede permanecer impasible. Yo, como tantos españoles, creía de niño que Don Quijote y Sancho habían existido de verdad. Cuando supe que eran dos criaturas de ficción me sentí defraudado. Pero las sucesivas lecturas del libro me fueron acercando de nuevo a esa ilusión infantil. La razón es bien sencilla : leer el *Quijote* es entrar en relación no con el disparatado caballero y su iluso servidor, sino con el propio Cervantes, que desde su portentosa inteligencia vital nos hace guiños y complicidades y establece con nosotros un sugerente diálogo lleno de sabiduría y de experiencias que lo mismo sirven para sus contemporáneos que para los lectores de cuatro siglos más tarde. En eso radica, para mí, el milagro irreplicable del *Quijote* y de su siempre renovada actualidad.

Hay, por supuesto, otras muchas claves para interpretar el libro. A mí me gustaría terminar mi intervención hablando de otra a la que he dedicado algunos trabajos universitarios y que creo que puede ayudar a leer la obra desde otra perspectiva. Me refiero a la clave de la locura, a la verdadera función que la demencia de Don Quijote cumple en el libro. Anticipo la tesis en pocas palabras: la oposición entre locura y cordura – una de las varias dicotomías que han servido para explicar el libro- es sólo una oposición aparente. La cuestión, como ahora verán ustedes, es mucho más sutil. Me limitaré, naturalmente, a apuntar algunas ideas.

Que Don Quijote era un loco lo sabemos ya desde las primeras líneas de la novela. Se trata de una locura “literaria”, producto de su desenfundada pasión por leer libros de caballerías, con los que el hidalgo manchego se pasaba “ las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”. Por un mecanismo que un psiquiatra de hoy diagnosticaría como “delirio”, “hipomanía” o “trastorno bipolar “(como he leído en el último dominical del diario *El Mundo* en la pluma de Francisco Alonso Fernández), asistimos a una sorprendente metamorfosis : Alonso Quijano el Bueno, trasvando a la realidad sus vivencias oníricas, se convertirá en el caballero andante que hilvana y da sentido a toda la obra. Sólo al final de la Segunda Parte, cuando es derrotado por el falso Caballero de la Blanca Luna (que en verdad era el bachiller) y liberada su mente de aquel delirio, recobrará la lucidez perdida. Y como ya

cuerto carece de interés, Cervantes lo conduce piadosamente a la muerte, no sea que a otro desaprensivo y avisado Avellaneda se le ocurra repetir la gracia para seguir ganando dinero a costa suya.

¿La lucidez perdida? ¿Es que antes de volver a su aldea Don Quijote era un loco integral? ¿No será mejor decir que lo que vivía Don Alonso era más bien un estado de lucidez salpicado de episódicos raptos de locura? En efecto, si damos crédito a varios personajes del libro, más que un loco que de vez en cuando tiene paréntesis de lucidez, Don Quijote más bien parece un cuerdo que sólo en ciertos momentos “vive” con arrebatos su particular demencia, tal como dijo el cura a Cardenio: “Fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocante a su locura [es decir, al asunto de la caballería], si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento”. Lo mismo dijo el bachiller Sansón Carrasco disfrazado de Caballero de la Blanca Luna: “Suplícoos no me descubráis ni le digáis a Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos y vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería”. Y hasta el mismo Sancho, que pasaba por bobo, se dio cuenta de esa ambivalencia de su señor: “Yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, [aunque] algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores”.

El caso es claro. A Don Quijote no se le podía tocar ningún asunto tocante a la caballería. En eso no partía peras con nadie. Pero en todo lo demás sorprendía por su discreción, es decir, por su inteligencia y buen sentido. Tal paradoja no es casual sino que tiene detrás toda una tradición con la que Cervantes estaba muy familiarizado: la noción de la locura lúcida como mecanismo literario empleado para la sátira. Erasmo de Rotterdam la había aplicado magistralmente en su libro *Elogio de la locura*, un texto angular sin el que no se puede comprender el *Quijote*. Como dijo Américo Castro, “sin Erasmo Cervantes no habría sido como fue”. De él extrajo, en efecto, esa noción de locura como instrumento para

desmitificar la realidad : una locura positiva, liberadora, bajo cuya aparente irrealidad se esconden la cordura y la capacidad de discernir. En cada uno de nosotros, como dijo Baltasar de Castiglione en *El Cortesano* –libro que sin duda conocía Cervantes– hay una “simiente de locura” que si se cultiva puede multiplicarse hasta el infinito. Una locura que tras su aparente irracionalidad engendra verdades, las que dicen los locos y los niños, los bobos y los necios, los truhanes y los bufones..., toda esa fauna de marginados que pueblan la vida y la subliteratura del Siglo de Oro, y que Cervantes, en la misma onda que más tarde seguiría el pintor Diego Velázquez , elevó a la categoría de héroes que agitan las conciencias de los bienpensantes.

Estamos ante el uso consciente del paradigma del mundo al revés como instrumento de subversión estética que a su vez es un reflejo de la dislocación de los valores. Detrás de ese juego cervantino se escondía también el espíritu transgresor del Carnaval, tan celebrado sobre todo en los países de la Europa Central. En esa fiesta quienes carecen de respetabilidad social se igualan por unos días a los nobles y los poderosos, sometidos al inclemente tribunal del pueblo. El necio razona con cordura y el cuerdo suelta necedades. Emociona, por ejemplo, la lucidez con que el loco de Don Quijote aconseja a Sancho cómo ha de gobernar su ínsula . Y algo parecido le pasaba al pobre escudero, cuyos modales bufonescos, tosquedad de formas y hablar llano contrastaban con la agudeza intelectual con que resolvía los enigmas-trampas que para cazarlo le proponían sus falsos súbditos de Barataria. Pero esa ambivalencia de ambos héroes está dentro de nosotros mismos y nos acompaña de por vida. Todo es confusión y caos, perplejidades sin número. El hombre moderno –y esto Cervantes lo vio muy bien– ha perdido para siempre sus anclajes y seguridades y tiene que enfrentarse por sí solo a la confusa aventura de su vivir.

La obsesión por reducir un libro tan complejo como el *Quijote* a esquemas de fácil aplicación didáctica ha enfrentado en demasía al caballero con el escudero. Pero ni Don Quijote es un idealista integral ni Sancho un recalcitrante palurdo pegado a la tierra. A pesar de las apariencias, a mí, en verdad, no me parecen personajes tan opuestos. Son dos locos –cuerdos o más bien dos cuerdos– locos que sueltan sus verdades desde la paradójica

lucidez de sus respectivas demencias. Así Ios ha trazado Cervantes para dar la razón de la complejidad de nuestro mundo. Se ha dicho muchas veces que el Quijote es un verdadero “libro de libros”, un complejísimo *puzzle* en el que Cervantes manipula a su gusto los modelos literarios de su tiempo para construir a su vez un nuevo modelo narrativo : la novela moderna. Pero quizá no se ha insistido lo suficiente en lo que la obra tiene de juego especular con los personajes. En ese juego el autor canaliza sus certezas y sus dudas mediante una multiplicidad de perspectivas que sólo al lector compete descifrar. Es verdad : Cervantes no aspira a resolvernos los enigmas de la vida. Más bien nos interpela y nos fuerza a una dialéctica interior, a aun diálogo con nosotros mismos que va ganando consistencia en el curso de la lectura. Por eso el *Quijote* sigue siendo un libro de hoy.

En 1905, justo cuando se cumplía el tercer centenario de la obra, Rubén Darío publicaba sus *Cantos de Vida y Esperanza*. En ellos un bellissimo poema dedicado al héroe, una “Letanía a nuestro señor don Quijote” en la que el gran poeta americano cantaba en versos solemnes la grandeza del personaje de Cervantes y quería seguir contando con su legado espiritual :

Ruega generoso, piadoso, orgulloso :
ruega casto, puro, celeste, animoso.
Por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

Un siglo después de esta súplica , el *Quijote* sigue teniendo la misma vigencia que entonces, la que es propia de un clásico que nunca muere. Ojalá seamos capaces, en este cuarto centenario, de acercarnos a él con esa misma unción casi religiosa con que se acercó Rubén. No para sacralizarlo como un ídolo lejano e inasequible sino para ir descubriendo un poco mejor por entre sus páginas la compleja asignatura de la vida.